

FRAN RUSSO

ARIADNA
Y EL MANUAL
PARA CONVOCAR
CASUALIDADES

¿Y si la ficción se convierte en realidad?

 Planeta

Fran Russo

Ariadna y el manual
para convocar casualidades

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Fran Russo, 2020

Autor representado por Editabundo Agencia Literaria, S.L.

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: septiembre de 2020

Depósito legal: B. 12.183-2020

ISBN: 978-84-08-23240-7

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Capítulo 1

Cuando Ariadna estaba a un paso del umbral de la puerta de la librería, una pluma blanca que caía de no se sabe dónde se interpuso en su camino. Inconscientemente alargó la mano derecha y la pluma se posó con delicadeza, como aterrizando tras un cálculo esmerado.

Ariadna no le dio demasiada importancia al hecho, pero no pudo evitar guardar la pluma en su bolsillo antes de retomar lo que se disponía a hacer. Ni siquiera pensó de dónde había surgido, ni mucho menos que su presencia tuviera significado alguno. Sencillamente, se le cruzó en el camino una pluma, como a todos alguna que otra vez, por casualidad.

Para ella lo que pasó después también fue por casualidad. Ariadna no había entrado a la librería para comprar ese libro. Buscaba la última novela de batallas y reinos rivales de una saga que la mantenía literalmente adicta a su historia. Recientemente había tomado el hábito de leer un poco antes de dormir, para descansar mejor, porque se había acostumbrado a mirar el teléfono móvil al irse a la cama y luego, aunque cerrara los ojos, no podía conciliar el sueño reparador que necesitaba.

Su marido dormía al lado izquierdo de la cama, aparentemente descansando y roncando de vez en cuando, prueba de que estaba profundamente dormido. Para ambos, los días eran agotadores, pero lo que más dolía era que fueran una copia

unos de otros, que fueran monotonía, reiteración de lo mismo. Saber con detalle lo que pasaría al día siguiente comenzaba a devorarla por dentro. Uno ansía la seguridad, espantar posibles sorpresas que varíen el curso de la vida que anhela, pero cuando se convierte todo en algo tan predecible, el hastío hace mella en esa certeza mutándola en desesperanza.

Hacía diez años que estaban casados y, sin darse cuenta, se habían sumergido en ese día a día que Ariadna ya sentía como una condena a muerte o, mejor dicho, una cadena perpetua. La casa se había transformado ya no sabía cuándo en una celda, y aunque Tomás, su marido, no era el carcelero, ninguno de los dos tenía la llave.

El penal en que se había convertido la relación, la comida llegaba regularmente, y podían salir al patio una vez al año, por vacaciones. Bueno, para ellos esa palabra era sinónimo de fuga hacia un lugar donde poder respirar, aunque finalmente se convertía en otro agobio incluso con síndrome de abstinencia por regresar a la rutina. En agosto eran liberados de la prisión diaria y huían hacia un apartamento en la playa, como millones de personas más, para crear una nueva rutina supuestamente con la que a su vez escapar de otra rutina. Rutina, rutina. Esa era la palabra, la evidencia, pero rechazada o asimilada, de que tristemente ya eran una misma cosa.

El convivir con alguien en la misma celda hace que también sepas predecir con exactitud lo que hará o dirá esa persona. Cuando Tomás le pidió matrimonio, ella no sabía que estaba diciendo sí a esto. La verdad es que, pensándolo un poco, sí podía saber que en eso desembocaba la existencia de la mayoría de la gente, pero ella lo idealizó agregando la fantasía natural con que cada pareja inicia una vida en común.

Tras diez años, ambos se habían relajado. Cada mañana ella se maquillaba y trataba de ponerse guapa. Tomás le decía que ya lo era, que amaba su rostro al despertarse. Eso les seguía

pasando, pero habían ido dejando de hacer otras cosas, y con el paso del tiempo se dieron cuenta de que las necesitaban para confirmar que estaban vivos.

El sexo se había convertido en una esporádica celebración a escondidas, siempre tratando de que los niños no se dieran cuenta. Como si estuvieran realizando un ritual de brujería satánico o algo parecido.

Aunque no se lo había planteado de forma completamente consciente, Ariadna no sentía que Tomás la deseara, al menos no como antes. Tampoco ella sentía un ardiente deseo por él. Y sabía con certeza que no era porque ya no tuviera tanto pelo como antes, o por las canas, o por la leve barriga que comenzaba a crecer. Era consciente de que ella no estaba como antes, como lo era de cada una de las arrugas y cambios que su cuerpo experimentaba.

Resulta evidente que cuando uno no se siente deseado se descuida y su cuerpo no brilla como antes. También puede parecer evidente y aceptable que no se ame con la misma pasión pasados los años, pero eso es solo una excusa. Si se desea, puede ser todo lo contrario, haciendo que los cuerpos luzcan más hermosos y atractivos, seduciendo en exclusividad a la persona que se ama. Con eso basta y sobra, y aunque pasen los años esos cuerpos serán más perfectos, cambiando y evolucionando en sincronía.

Ariadna en realidad era mucho más joven de lo que la gente imaginaba. Su cabello moreno y lacio ahorrraba muchas sesiones de peluquería y siempre la había hecho sentirse orgullosa. El tono de su piel era el típico que enrojece cuando se expone demasiado al sol, y por ello lo evitaba.

Detrás de unas sencillas lentes de aluminio, unos ojos de color avellana bastante grandes se asomaban curiosos al mundo, aunque con el tiempo había aprendido a contemplar ese mundo con cautela.

Usaba gafas porque no se acostumbraba a las lentillas. Sus ojos se ponían rojos como tomates cuando intentaba introducirles ese cuerpo extraño. Quizá una muestra de que no tenía demasiados conflictos con su físico era que llevaba las mismas gafas desde hacía muchos años y no necesitaba cambiarlas cada cierto tiempo para sentir que algo se transformaba en su vida.

También vestía de forma sencilla. Nunca usaba zapatos de tacón ni vestidos, ni siquiera en bodas o eventos similares. La practicidad estaba por encima de cualquier pretensión por demostrar nada. Esa seguridad con la que se mostraba a los demás no siempre era constante, pero se sentía orgullosa de pensar así y no dejarse llevar por las modas. También tenía otra norma: nada de ropa con marcas ni publicidades ostentosas. No quería ser un anuncio móvil de empresas que no le regalaban nada. Tampoco creía que por lucir sus eslóganes se pudiera sentir mejor, ni más fuerte, ni más rápida, ni más lista.

Llevase la ropa que llevase, Ariadna no era ni muy alta ni muy baja, y tampoco se sentía ni muy bella ni muy fea; era normal, y dentro de esa descripción siempre matizaba que la belleza es una percepción externa del otro y que para ella lo importante era la imagen de quienes la amaban, comenzando por su marido.

El problema era que en los últimos tiempos, pese a saber todo esto, el hecho de no verse brillar en los ojos de su compañero había hecho mella en su autoestima. Seguía siendo la misma, pero él no la miraba como antes, ni Ariadna sentía que despertara en él esa pasión que tanto le importaba. Era realista y no idealizaba el pasado, pero analizando las sencillas veces en que hacían el amor, quedaba claro que algo no era como antes.

A todo el mundo le gusta sentirse deseado, saber que provoca admiración, y el cuerpo no es más que un reflejo de lo que hay dentro. Ariadna, pese a todo, no se veía mayor y anhelaba sentirse deseada, como cualquier mujer, más aún por la persona que has elegido como compañero de viaje.

Tomás era alto, tan alto que desde su altura Ariadna ya no veía cómo le había desaparecido el pelo de la coronilla. El restante, débil y fino, ya no aguantaba muchos más tintes para renovar su original color trigo.

A ella no le importaba. Le miraba más allá de lo físico, y lo que más le cautivaba eran sus escondidos ojos azules. La forma de sus párpados y cejas dejaba ver solo una parte del iris, otorgándole una mirada que parecía reflexionar constantemente con una calma inmensa, como si siempre hubiera un pensamiento detrás de ellos, una reflexión profunda.

Él tampoco vestía muy diferente de ella, por eso hacían un buen equipo. Se cuidaba y de vez en cuando renovaba una plaza en el gimnasio, como hacemos todos a comienzos de año. También salía a correr esporádicamente o se compraba una barra para hacer flexiones y la instalaba en el pasillo.

Ariadna siempre se había sentido atraída por el cuerpo de Tomás, y era como si la abrazara un gigante, un gigante bueno. Sus brazos y piernas eran robustos, y aunque ahora parecía que su estómago quería extenderse fuera del cuerpo, no le importaba demasiado.

Ariadna nunca había sido de las que tienen un patrón estético y buscara parejas o amantes que cumplieran ese modelo. Se había enamorado de Tomás en su conjunto, y para ella él era perfecto, tal como pensaba que era ella para él.

Desde la primera vez, el sexo siempre había sido un lenguaje, una danza maravillosa que formaba parte ineludible del amor. Pero la pasión hacía tiempo que se había esfumado, y tenían relaciones sexuales de manera casi mecánica. Hacía muchos años que no sudaban cuando se acostaban juntos, ni en verano ni en invierno. Sus cuerpos no se movían como antes, no temblaban y se estremecían como antaño. Y eso ella lo anhelaba con todo su ser, pero estaba escondido en su corazón, porque sinceramente dolía.

La excusa no podían ser los niños. Siempre supo que realmente no podían ponerse como justificación cuando había verdadera pasión. Igual que si se hubieran conocido cuando ya tenían niños, eso no hubiera impedido encontrar lugares y momentos para dar rienda suelta a la pasión, a esa necesidad de intercambiar cuerpos y pieles, saliva y aire.

Esos niños ya no eran tan niños. Habían cumplido diez y doce años. La pequeña era una niña, Maya, y el mayor un niño, Tomás, como el padre, aunque ambos progenitores ya se habían arrepentido de haberle llamado igual, no solo por la confusión entre padre e hijo, sino porque de alguna forma sentían que habían destinado al niño a repetir los patrones del padre, del abuelo, y de muchas generaciones pasadas. Todos los varones se habían llamado Tomás.

Los dos hijos eran de piel clara y delicada como su madre. Maya tenía el pelo moreno y también liso como Ariadna, pero Tomás no solo había heredado el nombre de su padre, sino también un cabello fino ligeramente dorado que seguramente comenzaría a perder a la misma edad que su progenitor.

Los rostros de los dos niños eran un buen trabajo de Photoshop en los que se mezclaban las formas y estructuras de sus padres, dejando a Maya los ojos de color miel de su madre y a Tomás los azules de su padre.

Estudiaban en un colegio público cerca de casa y cada mañana vivían la misma rutina de discusiones y prisas. Esa casa, la celda, era como la de millones de personas más: un apartamento de tres habitaciones minúsculas donde apenas había espacio para algo más que la cama, que no podía ser tampoco muy grande. Eran unos privilegiados, o eso se repetían, porque al menos llegaban a fin de mes y podían irse de vacaciones. No sabía ninguno de ellos que esa palabra venía del latín *vacare* y significaba que eran libres, exentos de la rutina de trabajar esos días. Aun así no lo eran. Quizá un poco los niños, pero los pa-

dres eran presos de confianza condenados a un vis a vis obligado donde el amor había mutado en otra cosa que ya ni siquiera sabían qué era.

A Ariadna, la nueva costumbre de leer un poco antes de acostarse le hacía dormir como cuando era niña: enriquecía sus sueños y al levantarse al día siguiente se sentía con más energía que nunca. Antes se despertaba por la mañana agotada y conservaba el claro recuerdo de que los sueños que había tenido estaban hilados por las noticias que había leído en la brillante pantalla antes de dormir. Era la novela más negra de la historia, la más oscura, la que se escribía diariamente enumerando lo más triste del ser humano y sus vidas.

Malas noticias, mejor dicho, porque la mayoría eran terribles. Y cuanto más terribles, mayor el titular. Había llegado a la conclusión de que ya no se trataba de estar informada, como antaño argumentara, sino de que lo que se publicaba casi siempre era en realidad un compendio sensacionalista de las desgracias de otros. Las noticias no eran información relevante que pudiera realmente requerirse para la vida cotidiana, sino lo peor de las vidas de los demás, estuvieran en la propia ciudad en la que vivía o muy lejos. Eran una corroboración de que los demás también vivían enjaulados por miedo a volar libres. Encerrados en bellas jaulas de oro con muchas habitaciones, pero al fin y al cabo presos de barrotes hechos del frío metal de la seguridad.

Casi todas esas noticias eran dramas, accidentes, tragedias o sencillamente tristes noticias que solo aportaban angustia y la sensación de que el mundo va a peor. Había decidido, pues, cortar con esa excusa y centrarse en su propia vida, sin inundarla de tantos dramas ajenos, pues ya tenía suficiente con los suyos propios y con sus particulares miedos personales.

Por la misma razón, un par de años atrás había decidido no ver la televisión antes de dormir. Tampoco había sido tan difí-

cil. Se había negado a que los únicos momentos que compartían en familia fueran delante del televisor y alimentándose de lo que este vomitara. A veces había programaciones interesantes, pero no era lo habitual, y uno no sabe discernir con criterio cuando se habituía a coger el mando a distancia y acomodarse en el sofá.

Ni siquiera veía películas o series, y ahora se había acostumbrado a dejar apagado el teléfono móvil en la mesita de noche hasta el día siguiente. Allí descansaba inerte, junto al libro de turno que estuviera leyendo. El simple hecho de tener el libro esperándola la ilusionaba cuando se acercaba la hora de ir a la cama. Por supuesto, no se podía comparar la sensación de mirar una pantalla con la de pasar las páginas con los dedos tras recorrerlas emocionada y expectante anhelando la magia que encerraban.

Desde que descubrió la saga de actuales novelas de caballeros andantes se había leído decenas de libros similares. Todo libro fantástico que encontraba lo devoraba en pocos días, por muy grueso que fuera. Se trataba de alguna u otra forma de los modernos Quijotes en busca de aventuras y desventuras. Las historias de odiseas particulares, argumentadas de mil y una formas, le hacían olvidar su monótona vida y sus problemas, pero sobre todo sus metas inconclusas siempre postergadas por alguna justificada excusa.

Su marido se burlaba de esos libros y prefería leer novelas tradicionales de autores consagrados y premiados. A Ariadna no le importaba si sus libros tenían o no tenían premios; ella quería esconderse entre sus páginas huyendo de su propia vida para vivir la de otros. A través de esas noticias funestas con que bombardea la prensa, había visto que mucha gente vive la vida de otros, pero ese estilo de huida no iba con ella, metiéndose en la vida de otros, opinando, criticando, contemplando cómo su existencia se diluía en las decisiones y elecciones de otros.

Decisión: esa era la clave, y lo sabía bien. Pero no actuaba. En esos libros se empapaba de muchas historias de superación, de transformación y liberación, pero estaban muy lejos de la vida real, o eso pensaba. Pese a que Tomás se burlara de su pasión por esos libros que a ella tanto le gustaban, nada impedía que el número de ejemplares creciese en la librería del salón, superando con creces los de Tomás. Eso sucedía porque él apenas leía en vacaciones. No tenía tiempo en el día a día, ya que trabajaba toda la mañana en la oficina, como ella, y por la tarde estaba con los niños llevándolos a sus actividades deportivas. Había tratado de leer en esos intermedios, pero después de abandonar una novela en el coche durante semanas, no volvió a intentarlo. Pasaba esos ratos perdiendo el tiempo con el teléfono.

De sus trabajos no merece la pena contar mucho, porque eran idénticos en derechos y deberes a los de la inmensa mayoría. Ariadna escapaba del dragón de su jefe imaginando que ella le derrotaba en una lucha de espada contra fuego. A menudo fantaseaba con ser la heroína de una de sus novelas, y con la fuerza que otorga la imaginación, vencer todo lo que a ciencia cierta sabía que debía vencer o cambiar antes de morir de hastío.

Hace poco recordó el hecho casi olvidado de que en la infancia tuvo un primer acercamiento a este tipo de lectura, pero que fue frustrado porque su padre le prohibió que leyera esos libros diciendo que no servían para nada, que mejor leyera títulos de filosofía de autores consagrados para tener una perspectiva real de la vida, en vez de perder el tiempo con esos cuentos absurdos sin conexión con la realidad. Sentía que había cierta similitud entre Tomás y su padre, pero no había entendido ni reflexionado hasta qué punto.

Ahora se percataba también de que no debió hacerle caso a su padre y se sintió mal por no haber seguido leyendo aun-

que fuera en secreto. Su padre entró un día en la habitación de adolescente de Ariadna y encontró sobre la mesa de noche *La historia interminable*. Lo tomó y lo tiró a la basura. Deliberadamente lo dejó allí para que Ariadna lo viera y le prohibió que lo sacara del cubo. Por la noche, él mismo se encargó de tirarlo al contenedor de la calle.

Ariadna aceptó aquello como una derrota y se rindió, aunque por supuesto no había leído esos libros de filosofía. Aquel triste incidente hizo que no volviera a leer ningún libro por placer hasta que fue adulta. No sería hasta más tarde que descubriría la magia que encierran las páginas, cualquiera que sea el tipo de literatura. Los libros enriquecen el alma, porque sencillamente son parte de las almas de otros hechas palabras y tinta. La vida enseña muchas cosas, y los libros pueden encerrar muchas vidas.

Ahora, ya de adulta, casi no se relacionaba con su padre. Había sido demasiado estricto y autoritario con cosas así, obsesionado con la educación y la preparación de Ariadna y sus hermanos para la vida real. Las formas de su padre no eran las más sutiles y siempre sobreolaba un aire de control que la asfixiaba.

Lo que provocó todo eso fue que finalmente ninguno de sus hijos quisiera estar a su lado, porque ante tanta presión todos querían enfrentarse a la vida por sus propios medios, con libertad incluso para errar y equivocarse, sin condiciones ni imposiciones. De alguna manera entendían el propósito de su padre, pero su insistencia y su método lograron que los tres hermanos se fueran incluso del país. Solo pretendían huir de sus hirientes «te lo advertí», que era la frase con la que terminaban siempre de golpe muchas de las conversaciones. Su padre fue a la boda de Ariadna, pero parecía como si no hubiera estado. Igualmente hizo acto de presencia cuando nacieron sus hijos, realizó alguna visita, pero al vivir en países diferentes tenía la

excusa perfecta para mantener las distancias físicas y emocionales.

Ariadna sabía que su padre la amaba, pero a su manera, y su manera era dolorosa. ¿Por qué no se había dado cuenta? ¿No notaba que esa forma de amar alejaba a las personas en vez de atraerlas? Siempre se había dicho que cuando ella fuera madre quizá entendería mejor a su padre, pero que nunca mantendría ese tipo de relación con sus hijos.

Cuando un padre trata de controlar las vidas de sus hijos lo suele hacer porque quiere que sean felices, pero restringir las libertades para descubrir lo que nos hace felices está muy alejado del amor.

El amor no se puede controlar: surge, nace, se desparra por todos lados. El amor se da incondicionalmente, como cuando una flor emite su aroma. La flor no puede limitar ni seleccionar a quién le llega su perfume. Eso iría en contra de su naturaleza y de la función de esa fragancia.

¿Por qué actuaba su padre de esa manera?, ¿no iba en contra de la propia naturaleza como padre si le impedía desarrollar sus funciones esenciales? Muchas veces ella quiso ver ese amor en sus ojos de color ámbar, quiso sentirlo y entenderlo. Pero el amor tampoco se puede entender. Finalmente, optó por respetar a su padre, aceptarlo tal como era y sin dudar que se amaban, aunque ella ejercería como madre de otra forma.

Amaba a su padre, eso no lo podía negar, pero ya hacía años que no sabía nada de él, casi obligada a mantener esa distancia para no pasarlo mal. Su madre murió cuando Ariadna tenía apenas cinco años, por lo que entendía que él se había saturado de responsabilidades al tener que actuar como padre y madre a la vez.

Estaba segura de que eso era lo que había confundido a su padre en sus labores y sus sentimientos, tratando de hacerlo lo mejor posible. También sabía que su abuelo había sido duro

con él, por lo que esa era la forma de ser padre que él mismo había experimentado. No era una excusa, o eso entendía ella, aunque se había propuesto no repetir la historia.

En alguno de esos libros de fantasía aparecía a veces una figura paterna estricta, y Ariadna siempre veía reflejada en ella a su padre, y soñaba que la historia hubiera sido diferente, añadiendo un final donde la distancia y el silencio no fueran la solución.

Hace no mucho, cuando encontró abandonada en un asiento del autobús una destartada y roída edición de *La historia interminable*, la cogió y la devoró en días. Fue su reencuentro con los libros y su magia. Esto sucedió hace un par de años, justo cuando estaba a punto de estallar. Los libros fueron una válvula de escape, una terapia maravillosa. Desde ese encuentro mágico buscó con ansia todos los libros parecidos que reclamaban que Fantasía fuera un mundo en expansión, no en desaparición. Más tarde descubrió a Tolkien, luego a Pratchett, y de ellos pasó a otros autores similares y distintos a la vez, haciéndose clienta asidua de la librería que halló cerca de casa.

Dormía mejor, aunque a veces era incapaz de dejar un capítulo a la mitad y se acostaba aún más tarde de lo que quería. Pese a todo, descansaba mejor y no se despertaba agotada por la mañana como antes. Ahora cuando cerraba los ojos rápidamente el sueño le arrebatava la consciencia y la transportaba a alguna de esas batallas, lejos de las reales, las verdaderamente frustrantes, porque de ellas no podía escapar cerrando los ojos o el libro.

En sus sueños a veces ganaba otras batallas muy diferentes, aunque no siempre. Todos los posibles desenlaces los vivía en su mundo onírico, y tanto vencía a grandes ejércitos como moría atravesada por una fría espada. Un par de veces se despertó en medio de la noche con un agudo dolor en el costado, sudando y retorciéndose agónicamente entre las sábanas. Pero

eso era raro, la mayoría de las veces no regresaba a la vigilia hasta que sonaba el despertador, puntual a las seis, que la sacaba de un sueño reparador que no quería abandonar.

A veces también soñaba que se enamoraba del personaje que más la sedujera, y era feliz amando y siendo amada, muy diferente de su matrimonio. Otras veces soñaba que estaba sufriendo por culpa de alguna traición y padecía tormentos innumerables y variados, como en ocasiones sentía que era la vida en familia. La vida y la muerte de los personajes siempre permanecían ligadas a que los protagonistas estuvieran en el lugar y momento adecuados y no en otros, a que fueran víctimas de conspiraciones o circunstancias que, de haber sucedido de otra manera, no habrían experimentado.

Desde el punto de vista del lector, uno contemplaba con claridad cómo se hilaban las historias íntimas de cada personaje y cómo fluctuaban finalmente en coincidencias, sincronizaciones y casualidades varias. Así, el argumento de la novela entretecía la trama, separando o juntando protagonistas. Incluso los personajes secundarios y puntuales tenían una razón de ser, aunque fuera tan solo para girar el curso de los acontecimientos hacia un rumbo inesperado que luego hallaría sentido al final del libro.

En sueños, mientras Ariadna revivía y fantaseaba con sus propias versiones de lo leído y de la vida, a veces se percataba de que estaba soñando, de que no se trataba de la realidad e intentaba convocar esa suerte para hacer y deshacer a su manera.

Al menos podía lograrlo en su mente, en su onírico mundo personal privado. Tomaba control de sus sueños y no lo relegaba todo a un piloto automático donde fuera una mera espectadora y víctima. Ahora era la protagonista y escogía qué sucedería, convocando las circunstancias propicias según sus deseos. De esta forma adquiriría un poder inmenso, porque lograba

todo lo que se proponía, al menos en sus fantásticas vivencias internas. Lo que resultaría increíble sería hacerlo en la vida real, pero eso sí que eran cuentos de hadas, o al menos eso era lo que ella pensaba hasta entonces.

Pasara lo que pasara durante el día, en el trabajo o con su familia, siempre se iba a la cama ilusionada, ya no solo por seguir la historia del libro inmersa en el episodio donde la había dejado, sino también por el hecho de poder retomar en sus sueños esa capacidad para ser la verdadera valiente protagonista de su propia novela, de su propia vida.

Y así, como hilado por un destino ya escrito, Ariadna llegó un día a la librería para alimentar su hambre de aventuras. Y como decíamos, todo sucedió por casualidad. La librería estaba atestada de gente. Parecía que el éxito del tipo de libros que ella degustaba había despertado el interés de muchos nuevos lectores. Había gente de todas las edades, y la sección correspondiente parecía un hervidero de manos hojeando los interiores que escondían las vistosas portadas bellamente ilustradas.

Buscaba el penúltimo libro de la saga, porque sabía que el último aún no estaba traducido. Movía la vista de izquierda a derecha en una estantería donde los gruesos volúmenes de estas novelas se entrecortaban con imágenes de dragones, espadas, guerreros, magos, castillos y seres fantásticos. Pero entre ellos le llamó la atención un pequeño y delgado libro blanco en cuyo lomo leyó: *Manual para convocar casualidades*.

Qué raro, ese libro no debería estar allí. O quizá era algún libro nuevo de una saga que ella desconocía. Como ávida lectora de ese tipo de literatura, lo sacó del sueño de la estantería donde habría sido condenado por algún librero despistado.

No, claramente no era un libro de aventuras medievales ni de fantasía mágica, aunque parecía que sí tratara sobre algo de magia. Le sorprendió que en la portada no hubiera dragones

ni caballeros con armadura, sino una pluma blanca que se posaba sobre una mano, como la vivencia que acababa de tener unos minutos antes. «Bah, pura casualidad», se dijo. Entonces releyó el título y esta vez se percató de lo que significaba. «Manual para convocar casualidades», repitió en su mente. Definitivamente, esa no era su sección, pero cuando se disponía a llevarlo a otra estantería, pensó que quizá podría pertenecer efectivamente a alguna serie y fuera un título al que hiciera referencia otro libro que sí perteneciera a esa sección. Claramente influenciada por el ambiente, se imaginó que quizá era un vademécum mágico perteneciente a alguna saga que desconocía. Había visto algún libro parecido antes.

La portada era bastante sencilla. Letras en azul verdoso, vistosas y llamativas, la mano y la pluma blanca. Ahora se daba cuenta de que era idéntica a la que había visto volar. A tientas la buscó en su bolsillo y la detectó con los dedos, suave, escondida entre los pliegues. La sacó y vio que efectivamente era igual. Podría ser la de la foto, pero todas las plumas se parecen.

Fue entonces cuando, aguijoneada por la curiosidad, y como hace todo aquel que hojea un libro en la tienda, lo giró para leer la contraportada. En ella leyó:

Si lees esto, no es por casualidad. Seguramente no te habías parado a reflexionar sobre que toda tu vida es un cúmulo de casualidades y que, como toda casualidad, se puede convocar. Este libro está esperando a la persona adecuada. Si no eres tú, déjalo donde estaba.

De seguir leyendo quizá aprendas que puedes lograr lo que deseas en tu vida haciéndote responsable de ella en vez de ser una víctima; pero debes atenerte a las implicaciones que ello conlleva.

El texto era enigmático. Seguramente mucha gente lo devolvía a la estantería para que permaneciera escondido y cogiendo polvo mucho más tiempo hasta que el librero lo devolviera.

viera a la editorial por no venderse. Quizá alguien lo llevaría a la patética sección de autoayuda, como pensó en hacer ella, pero de pronto le asaltó una duda... Podría ser que el libro estuviera esperando a otra persona, como decía la contraportada.

Si lo devolvía al estante, no sabría nunca qué misterio se escondía entre sus hojas. Y aunque podría parecer una frase inspirada en la película *Matrix*, alguna vez se había planteado la realidad de las casualidades y había llegado a conclusiones no muy profundas. Entonces decidió llevárselo, no tenía nada que perder, y se giró para ir hacia la caja de la tienda olvidando incluso el otro libro que había entrado a comprar.

Primero le dijo al librero que el ejemplar estaba mal ubicado, pero él no le hizo ningún caso. Lo pasó por el lector láser y no emitió ningún sonido. El dependiente se extrañó al darse cuenta de que el ordenador no reconocía el código de barras. De hecho, no tenía ningún código de la librería, como comprobaron ambos al mirar con detalle la contraportada del libro. Introdujo el título con el teclado, pero tampoco sucedió nada, y entonces Ariadna se dio cuenta de que en la portada no aparecía el nombre del autor. No había reparado en ello antes. No había ningún nombre ni en la portada, ni detrás, ni en las primeras páginas. El texto pasaba del título de la portada a las primeras palabras del primer capítulo. En esa página leyó ojeándolo rápidamente: «Uno. Tu vida es una casualidad».

Más intrigada aún, sintió que tenía más ganas de leerlo que antes, pero el librero no sabía qué hacer. Le dijo a Ariadna que esperase un momento mientras consultaba con el encargado, pero de golpe Ariadna sintió un sudor frío, como esos que la despertaban en medio de la noche tras soñar que la herían con espadas. Sintió el acero helado de la realidad de que la oportunidad de leer ese libro se esfumaría, que la casualidad se desvanecería, e intuía cómo iba a pasar. Si ese libro no aparecía

en la base de datos de la librería, tampoco tendría precio, y si no lo tenía, no iban a vendérselo. Pero necesitaba leerlo, su curiosidad le ardía por dentro, aunque sabía que el contenido luego la podría decepcionar. Tenía que arriesgarse. De nuevo llegó a la conclusión de que no había nada que perder.

Fue en ese momento cuando vio que el dependiente había dejado el libro sobre la mesa. Ariadna se metió la mano en el bolsillo para coger el monedero con la intención de pagar el libro y lo sacó. La pluma salió volando y se posó sobre la cubierta del libro, justo donde estaba la otra pluma impresa.

Y pasó. No sabía bien qué, pero pasó. Entonces, inexplicablemente, porque jamás había actuado así, Ariadna guardó la pluma dentro del libro y a su vez metió el manual en el bolso y salió por la puerta sin mirar atrás. El librero se había perdido entre la marabunta de gente en lo profundo de la librería, seguramente rumbo a alguna oficina escondida en los almacenes. Cuando regresó a la caja, Ariadna ya estaba a casi cinco calles de distancia.